



7i Ybhcg' Dcdi `UfYg' XY'; i UhYa UU
5i h\ cf fjt `5 Xf]Ub `F W\bcg
Gci fW. `H\ Y`>ci fbU`cZ`5a Yf]W\b : c`_`cf YZ`J c`" " %Z`B c`" %&&`fCVW`" ! `8YVZ`%`% lZ`dd`" (+&! (, +
Di V`]g\ YX`Vm `I b]j Yf g]hmi cZ `≡`]bc]g`Df Ygg`cb `V\ UZ`cZ`5a Yf]W\b : c`_`cf Y`GcVYhm
GhU`Y`I F @` <http://www.jstor.org/stable/535056>
5 V\WggYX. ` \$%# \$- #&\$ \$, `&\$.&)

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of JSTOR's Terms and Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>. JSTOR's Terms and Conditions of Use provides, in part, that unless you have obtained prior permission, you may not download an entire issue of a journal or multiple copies of articles, and you may use content in the JSTOR archive only for your personal, non-commercial use.

Please contact the publisher regarding any further use of this work. Publisher contact information may be obtained at <http://www.jstor.org/action/showPublisher?publisherCode=illinois>.

Each copy of any part of a JSTOR transmission must contain the same copyright notice that appears on the screen or printed page of such transmission.

JSTOR is a not-for-profit organization founded in 1995 to build trusted digital archives for scholarship. We work with the scholarly community to preserve their work and the materials they rely upon, and to build a common research platform that promotes the discovery and use of these resources. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Cuentos Populares de Guatemala.

POR ADRIAN RECINOS.

I. TÍO COYOTE Y TÍO CONEJO.

(Primera versión.)

HABÍA una señora que tenía un sandíal. Todas las noches llegaba tío Conejo y se comía las sandías. Una noche llegó y se comió una, la enhuecó toda, se ensució adentro y la tapó; y era la más madura que había. Y al otro día era el santo del Padre (Cura) y la señora le llegó a regalar la sandía. Ya estaban comiendo los señores cuando el Padre la dijo al sirviente: — ¿Si me adivinas de qué no nos acordamos? — ¿De qué? — le dijo el sirviente. — ¡De la sandía! Y la fué a traer. Comenzándola a partir estaba el Padre cuando vió que saltó una chibolita y siguieron saltando otras. Entonces mandó traer a la señora y le pegaron.

Entonces la señora puso un muñeco de cera en el sandíal y a la otra noche llegó tío Conejo y le dijo: — ¿Qué estás haciendo aquí? Si no te quitás te pego una manotada. Y como el muñeco no le contestó, le pegó una manotada. — ¡Suéltame la mano! le dijo y le pegó con la otra. — ¡Suéltame las dos manos! le dijo y le pegó una patada. — Suéltame las dos manos y el pié, — le dijo, — si nó te pego con la otra. — Suéltame las cuatro patas, si nó te pego un barrigazo. — Suéltame, le dijo, si nó te pego un cabezazo. Y al otro día llegó la señora y lo bajó del sandíal y lo dejó encerrado; mientras fué a calentar el asador. Y luego pasó tío Coyote: — Tío Coyote, — le dijo el Conejo, — venga a comer el banquete que me van a dar, y lo dejó en su lugar. Al rato llegó la señora y le dijo: — Cuando me fuí estabas más pequeño y ahora que regreso te veo más grande, y le quemó el culo con el asador y lo dejó ir. Tío Conejo se le adelantó corriendo y por ay se subió a un injertal.

Y pasó tío Coyote y le dijo: — ¡Tío Coyote, Culo quemado! — Ahora te como, — le dijo tío Coyote. — No tío Coyote, — le contestó tío Conejo, — ay le voy a botar un injerto, — y le botó uno maduro, maduro. — Tírame otro, — le dijo, y le tiró un verde y le quebró los dientes y se fué corriendo.

Por ay se subió a un coyolar y le dijo: — ¡Tío Coyote, Culo quemado! — ¡Ahora te como, tío Conejo! — No, tío Coyote, ay le voy a botar un coyol. — Tírame uno maduro, — le dijo, y se lo tiró. — Tírame otro,

— le dijo, y tío Conejo le tiró un verde y le quebró la cabeza y se juyó. Y se fué a poner debajo de una piedra para cargarla, y pasó tío Coyote y le dijo: — ¡Ora te como, tío Conejo! — Venga ayudarme, tío Coyote, — le dijo, y se puso tío Coyote a cargar la piedra. Y se empezó a caer la piedra. — ¡Vení ayudame tío Conejo! — gritó el Coyote, y se le cayó la piedra y le quebró los huevos. Tío Conejo salió huyendo.

Y estaba en un río cuando pasó tío Coyote y le dijo: — ¡Tío Coyote, culo quemado, dientes quebrados, cabeza rota, huevos desquebrajados! — ¡Ora te como, tío Conejo! — dijo el Coyote. — No, tío Coyote, venga, saquemos este queso que está aquí entre el río. — Y era la luna. Y tío Coyote se puso a beber agua, y como tomó mucha se le empezó a salir por el fundillo. — ¡Póngame un tapón, tío Conejo! — le gritó. Y el Conejo le puso un olote. — ¡Póngame otro! tío Conejo. Entonces tío Conejo fué a conseguir chichicaste⁽¹⁾ y le rellenó el fundillo y salió corriendo.

(Segunda versión.)

Había en cierta huerta un hermoso ayotal donde iba tío Conejo todas las noches a comerse los ayotes. La dueña, que era una vieja, le puso trampa y cayó el conejo. Al poco rato pasó un coyote viejo y le dijo — ¿Qué hacés allí muchacho? — ¡Ay tío Coyote de mi alma! le contestó, aquí me tienen encerrado porque me quieren casar con una muchacha rica y yo no quiero. — ¡Tonto! — le dijo tío Coyote, — y por qué no querés? ¿Por qué perdes esa ganga? — ¡Porque yo quiero ser libre! Tío, si usted quisiera aprovechar esta ganga tendría quien le cuidara en su vejez. — Pues hombre, — le dijo, — está dicho, hago el ánimo, — y dicho y hecho se metió en la trampa.

Y al día siguiente llegó la vieja con un asador caliente y le dijo: — ¡Aquí estás vos, gran sinvergüenza, ya verés si te quedan ganas de volverte a comer los ayotes! — Y dicho y hecho, le metió el asador en el culo. El infeliz tío Coyote se revolcaba del dolor. El conejo estaba escondido y onde vió el resultado, le dijo: — ¡Adiós tío Coyote, Culo quemado! — . . . Y salió corriendo.

2. JUAN MUDO Y JUAN VIVO.

Juan Vivo, estaba su mamá enferma de muerte; pero como él tenía que salir y ella estaba grave, ya para morir, le dijo Juan Vivo a Juan Mudo: — Quedáte cuidando a mi nana. — Bueno, — le dijo Juan Mudo, y la puso atrás de una puerta. Y ahí le metió un hueso entre la boca para que comiera, creyendo que no estaba muerta. Cuando regresó Juan Vivo le preguntó que si le había dado de comer a su nana.

⁽¹⁾ Chichicaste, ortiga que secreta un líquido cáustico.

— Ya le dí, contestó Juan Mudo. — Vamos a ver, — le dijo Juan Vivo. Y se fueron.

Cuando entraron, la vieja tenía un ron-rón⁽¹⁾ en la boca. — Conque hasta está roncando, — le dijo Juan Mudo. Y era el ron-ron que estaba volando entre la boca. Pero Juan Vivo vió que su nana ya estaba muerta y le dijo a Juan Mudo: — ¡Bruto! ¿qué has hecho con mi nana? — Ora hagamos ésto, — le dijo Juan Mudo a Juan Vivo. — ¿Qué? — contestó Juan Vivo. — Monós⁽²⁾ con el sacerdote y que traiga el viático, y ponemos la puerta falsa pa que cuando empuje el padre se le caiga encima a mi nana. — Bueno, — le dijo Juan Vivo, y llegó el Padre y cayó la puerta encima de la vieja. — ¡Ya la mató, Padre! — dijeron los dos. — No digan nada, mis hijos, — les dijo, — ay les voy a dar dinero para que la entierren. — ¡Bueno! — le dijeron y lo recibieron.

Una vez se fué Juan Mudo a la iglesia y se encaramó al campanario. Y le dijo el Padre: — ¡Ay echás ojos! — Entonces Juan Mudo se fué al Rastro con una su cubeta y recogió todos los ojos de los bueyes y se fué otra vez para el campanario. Y desde arriba, cuando pasaba toda la gente, les dejó caer la cubetada de ojos. — ¡Qué estás haciendo, animal! — le gritó el Padre. — ¡Estoy echando ojos! contestó Juan Mudo.

— Ora te vas a calzar la milpa, — le dijo Juan Vivo. — Bueno, — contestó Juan Mudo. Y se fué a todos los basureros y recogió todos los zapatos viejos que habían y se fué para la milpa. Y agarró su machete y botó todas las matas y les fué poniendo zapatos a cada una. Después regresó con su hermano y le dijo: — Ya está calzada. — Vamos a ver, — dijo Juan Vivo. Y onde la vió la dijo: — ¡Animal! eso no es calzarla.

3. PEDRO ORDIMALES.

(Primera versión.)

Estaba Pedro Ordimales pastoreando unos coches⁽³⁾ que eran de su patrón. Cerca de la casa había una ciénega. Unos viajeros que por allí pasaron le gritaron: — ¿Vendés los coches, Pedro? — Y Pedro contestó: — Sí, pero sin colita. — Los viajeros, después de tratar los coches, les quitaron las colitas. Pedro recibió el dinero, y ellos se fueron.

Luego que se fueron los viajeros, Pedro Ordimales se quedó con las colitas y las enterró en la ciénega, dejando una parte afuera, y sin darse por entendido se fué con su patrón y le dijo: — ¡Señor, señor, los coches se han ido entre la ciénega! — El patrón se quedó asustado

⁽¹⁾ Ron-ron, escarabajo.

⁽²⁾ Monós, por vamonós.

⁽³⁾ Coches, cerdos.

y corrió a ver y cuando miró que todas las colitas estaban por fuera mandó inmediatamente a traer un lazo con su mujer. Esta le dió el lazo y salió con dirección a la ciénega. No tardó tanto en llegar y cuando estuvieron juntos amarraron una colita y Pedro y el patrón jalaron con dureza, pero Pedro ya sabía lo que iba a suceder y procuró no echar tanta fuerza. El patrón cayó patas arriba y sufrió su golpe y ya no quiso seguir. Pedro todavía estará gozando del dinero.

(*Segunda version.*)

Pedro Urdimales y su hijo Juan Panela.

Pedro Urdimales, teniendo la mala fortuna de perder a su madre buscó su acomodo en una hacienda llamada — Las Vacas. — Como en esta hacienda había gran cantidad de vacas, su patrón lo levantaba muy temprano a dar de comer a las vacas y con un machete muy bien afilado lo mandaba que cortara la hierba. — ¡Ay le quitás la cabeza! le gritó el patrón cuando ya iba lejos. Y creyendo que le decía que le cortara la cabeza a las vacas, se las quitó y viendo ésto el patrón lo sacó de la finca.

Juan Panela era hijo de una viejecita que teniendo en su casa panela para su café, su hijo se robaba la panela todos los días muy temprano viendo que su madre dormía. Llevaba la panela a la escuela y por eso le quedó el nombre de Juan Panela. Y viendo ésto, un día dejó la vieja cuidando la panela a su hijo y viendo éste que en la panela había muchas moscas, les empezó a pegar y matándolas le dijo a su madre que él mataba siete de un puñete. Pero no decía qué mataba y como a todos les decía eso, lo supo el rey de una provincia y lo mandó llamar y le dijo que si le mataba a todos los ladrones que había en el mundo se casaría con su hija.

El tal Juan dijo que estaba bueno y se fué para con su madre y le dijo: — ¡Madre, ya me voy a matar a todos los ladrones que hay en el mundo! La madre le dió unas tortillas y un poco de masa con veneno. Pero no habiendo zacate para su caballo, Juan le dió la masa y el caballo se murió y los zopilotes se lo comieron y murieron más de doscientos. Juan se los llevó a la joya donde vivían los ladrones y viendo que éstos tenían un gran perol compuso todos los zopilotes y cuando llegaron los ladrones vieron a Juan y dijeron todos: — ¡Maten a ese que se encuentra en nuestra casa! El les dijo: — No me maten, yo les estoy guardando su comida, aquí tengo muchas gallinas. Los ladrones no lo mataron, se comieron los zopilotes y murieron todos porque sentían que los zopilotes les picaban la barriga.

Entonces se fué Juan Panela para con el Rey y le dijo: — Señor Rey, he matado cuanto ladrón encontré en el mundo; ahora no tenga usted pena que sus hijas no se las robarán. El Rey, viendo ésto le

preguntó que como los había matado y él le dijo: — Pues me maté siete de un puñete hasta acabar con todos y sólo me sobró uno, que ese sí me costó matarlo y mire como estoy de herido porque ese tenía muchas fuerzas. — Ahora te casás con mi hija y te haré un palacio en una noche para que vivan con mi hija y así mejorar la vida de Pedro Urdimales que allá era una desdicha.

Y para que este cuento sea más bonito, me meto en un hoyito.

(*Tercera versión.*)

Historia de Pedro Ordimales.

Cuando Pedro andaba en el mundo, era la gente muy sencilla y Pedro era el vivo, el astuto. En ese tiempo tenía Pedro un árbol de guayaba y entre las flores metía cuartillos de plata, reales, pesetas, de-a-cuatro y pesos, y cuando alguno pasaba, lo llamaba y le decía: — Cómprame este árbol. Y pedía miles por él. El comprador, viendo que al sacudir el árbol caía mucho dinero al suelo, se enamoraba del arbolito y decía: — ¡Día a día sacudiéndolo, qué dineral se juntará! Se decidió el comprador en cinco mil pesos y lo compró. Y se pasaba los días enteros sacudiendo el árbol, pero no caía nada y él se quedó preguntando con qué secreto lograría el fruto de su arbolito.

Pedro tenía un caballo y tenía por costumbre atacarle el caquero de pesos y cuando lo visitaba algume y lo encontraba limpiando la cabailleriza, al ver que estaba limpiando la plata le preguntaban que de donde sacaba esa moneda y él contestaba que su caballo cagaba plata y que no lo vendía por ningún dinero. Pero las gentes ambiciosas le sacaron trato y lo vendió muy bien. El comprador se llevó el caballo y tendió su manta para que no se perdiera el dinero al caer al suelo; todavía logró algo, pero más nó y se pasaba todos los días desesperado escarbando la majada, pero no volvió a encontrar un solo peso.

Pedro se fué en seguida a andar con el objeto de ver que otro invento discurría. Luego encontró un caballo muerto y viendo que había bastantes zopes adentro, se le ocurrió taparle el rabo, pero con el juelgo⁽¹⁾ de los que estaban adentro, el caballo se paró y él con sus astucias lo hizo andar. Pasó un hombre por la calle y le dijo: — Véndame ese su seco. — No me ha de dar lo que yo quiero por él; éste es caballo volador. ¡Fijate! Se montó Pedro en su caballo y tenía muy buen andar. Lo montó el comprador, pero no quedó satisfecho; dijo que quería volar y entonces Pedro le pidió un rato de espera y le dijo que le iba a dar de almorzar. Mientras, le metía más zopes adentro y habiéndole encajado otra docena se lo llevó al comprador, cogió otro zope, lo dobló en dos y lo metió por tapón. En ésto llegó el comprador y le dijo: — ¿Ya estás listo? — Y muy listo, — contestó Pedro,

⁽¹⁾ Juelgo, la respiración.

— con la comida que le dí puede hasta volar. Móntelo. Luego lo montó el comprador y con las astucias de Pedro se comenzó a encumbrar; ya tenía una altura muy grande cuando se zafó el zope que estaba de tapón y se salieron todos los demás. Entonces empezó el caballo a dar vueltas con todo y ginete para abajo y allí acabó comprador, caballo y todo.

Y el zope que había metido Pedro de tapón, quedó tan escarmentado, que dijo al caer en el suelo todo atontado, que tardó en volver en sí: — ¡Juro y perjuro que cuando yo me coma otro caballo, primero serán los ojos y después el culo!

Partióse Pedro a acomodarse con unos cocheros. Luego se acomodó con uno de ellos para pastorear los coches y los fué a bañar en una poza de lodo. Llegó un tratante y le compró todos los coches, pero Pedro se los vendió sin cola. Cuando el patrón llegó le preguntó que a donde estaban los coches. — Se están bañando en la laguna — contestó — se han hundido enteros que sólo la cola se les mira. — Andá a traerte uno porque ya está vendido, — le dijo el patrón. Y se fué Pedro, pero luego regresó con la nueva de que no se podía porque se reventaba la cola del marrano, que estaban muy hundidos. Entonces se fué el patrón a ver si era cierto. Pedro se fué metiendo de nuevo entre el lodo y al meter las manos le dijo: — ¡Sí se revienta, sí se revienta, patroncito . . . se reventó! Entonces metióse el patrón a desengañarse y al ver que era cierto, fueron jalando los demás y sólo las colas de los marranos lograron sacar. Entonces el patrón se quedó pensando que tal vez Pedro le había formado una venta.

En la noche pensó el arriero irlo a tirar al río, porque conoció la venta zurda que Pedro le había formado. Pedro que le conoció las ganas dispuso disfrazarse y se quedó dormido en unos costales; pero a la media noche se salió de allí y metió todos los lazos del patrón en un costal y se vistió con ropa de otro de los compañeros y se acostó en otro lugar. Cuando despertó el patrón y le dijo a Pedro: — Ve, vamos a tirar a Pedro al río por lo que me hizo. — Bueno — dice Pedro y agarraron el costal lleno de lazos y al tiempo de tirarlo dijo el patrón: — ¡Adiós, Pedro Ordimales! Entonces contestó Pedro en distinta voz: — ¡Adiós, lazos y riatas! A esas horas partióse Pedro a otro lugar y cuando amaneció levantóse el patrón que iba a ensillar sus bestias y no encontrando lazos ni costales preguntó que donde estaban; y al no encontrar nada, luego se supuso que el astuto de Pedro había sido el del intento, por la respuesta que hizo al tiempo de tirar el costal. Se fué a recordar al compañero y fueron a buscar en el río. A la cuadra de andar encontraron el costal bien amarrado de la boca y lo desataron, habiendo encontrado todos los costales,

lazos y riatas adentro y quedaron convencidos de que Pedro había sido el de la venta de los marranos.

Un día, estando Pedro en media calle haciendo del cuerpo, pasó a tiempo un cura y le dijo: — ¿Qué estás haciendo allí? — Estoy cuidando una mi paloma que pone los huevos de plata y oro, le contestó. — Vendémela dijo el Padre. — ¡Ah! — contestó Pedro, no me ha de dar su capa y su bonete por ella. — ¡Cómo nó! — contestó el cura, — Tómala y haber mi paloma. Vistióse Pedro de padre, quedóse el padre cuidando la paloma, mas Pedro le dijo que no fuera a meter las manos muy ligero. Partióse Pedro en forma de Cura a ganar dinero a los pueblos y cuando predicaba decía: — ¡Misa, sermón, procesión y jalón! . . . Y va de hacer dinero en todos los pueblos. Entre tanto, el Padre, de ver que ya era tarde fué levantando el sombrero y metiendo la mano onde sintió que estaba caliente, la agarró duro, onde sintió que se destripó levantó el sombrero, viendo lo que había y el engaño de Pedro. Y se fué a buscarlo pero no lo encontró.

Llegó acaso que Pedro murió de muerte natural y cuando llegó con nuestro Señor, no lo quería perdonar y lo mandó al Infierno, que fuera a servirles a los judíos. Luego se acomodó a servirles la comida; puso plomo y estaño derretido sobre las sillas y los llamó a comer. Los judíos, al sentarse y sentir lo caliente, se levantaron con los asientos pegados al fundillo y correataron a Pedro y le dijeron a nuestro Señor que ya no lo querían ay porque no sabía servir. Lo mandó a traer nuestro Señor y le dijo que a la Gloria no entraba por haber sido tan mal portado en el mundo. — ¡Ay Señor! una gracia quiero que me conceda y es que me dé permiso siquiera para mirar la Gloria — le contestó Pedro. Dios se lo concedió y el astuto de Pedro, al tiempo de pararse en la puerta hizo como que se le caía su sombrero y por levantarlo lo metió de una patada más adentro. Al ver nuestro Señor que ya se había metido, no teniendo más que hacer, le dijo: — ¡Piedra te vuelves! — ¡Ay, pero con ojos! responde Pedro.

Y así entró Pedro Ordinales a la Gloria; él no oye, es piedra, pero mira . . .

4. LOS CUENTOS DE TATA PINQUÍN.

Tata Pínquín vivía por la calle del Hospital. Una vez fué a pasar unos días al Tuerto y estando allí se acordó que era día de Guadalupe y fiesta de su barrio y como tenía la costumbre de convidar a sus amigos a ver pasar el rezado en su casa y les daba buñuelos, plátanos

y batido,⁽¹⁾ se consiguió un lazo y con él hizo una gaza y lazó a sus amigos, a una buñuelera, a una batidera y a un señor con todo y fonda⁽²⁾ se los llevó y pasó el día muy contento.

Cuando entró la noche, Tata Pinquín, ya bolo⁽³⁾ sacó su pato⁽⁴⁾ y embistió a todos los invitados, al ruido de la buruca llegó la policía y lo persiguió desde el—Tuerto— hasta cerca de su casa; Tata Pinquín llegó corriendo hasta donde había una alcantarilla con un gran chorro y se subió por el chorro sobre la casa. Acabando de subir estaban cuando llegaron los polis⁽⁵⁾ y empezaron a trepar por el chorro y cuando ya lo iban a coger, tata Pinquín se envolvió el chorro en las manos y de un tirón lo reventó quedando más de cincuenta policías muertos del somatón.⁽⁶⁾

Tata Pinquín iba un día para su casa cuando encontró un chucho⁽⁷⁾ rabioso que al verlo se le tiró y cuando ya lo iba a morder, Tata Pinquín le metió la mano por la boca hasta llegar a la cola y dándole un tirón lo volteó al revés.

Otra vez dejó encerrados Tata Pinquín en su casa seis gallinas y dos gatos y se fué para Escuintla a temporada. A los pocos días regresó y fué a registrar los nidos de las gallinas y encontró unos huevotos negros. Esperó que las gallinas estuvieran culecas⁽⁸⁾ y las echó.⁽⁹⁾ Se regresó a cerrar un trato a Escuintla y al poco tiempo vino encontrar ya grandes a los pollos: tenían la cara de gallo, cuatro patas como los gatos y una gran cola eriza, y a las cinco de la mañana todos cantaban: ¡Qui . . . quirí . . . miau! . . .

(Otra versión.)

(a)

Una tarde de invierno salió Tata Pinquín de Guatemala y cogió el camino de Amatitlán. Poco habría andado cuando comenzó a llover con fuerte tempestad y al pasar por los llanos de Castañás le cayó un rayo partiéndole el caballo medio a medio; pero como le precisaba llegar pronto siguió su camino sobre la otra mitad del caballo y así bajó hasta la laguna de Amatitlán. Para no dar vuelta por el camino,

(1) Bativo, Bebida popular.

(2) Fonda, cantina de ínfimo orden.

(3) Bolo, borracho.

(4) Pato, puñal.

(5) Polis, policías.

(6) Somatón, golpe fuerte.

(7) Chucho, perro.

(8) Culecas, cluecas.

(9) Echar las gallinas sobre los huevos.

siguió de frente y atravesó la laguna en su mitad de caballo; pero como las piernas le quedaban colgando, cuando salió de la laguna vió que en los picos de las espuelas se le habían prendido cantidad de mojarras⁽¹⁾ que vendió muy bien en la plaza de Amatitlán.

(b)

Otra ocasión se fué Tata Pinguín para la Antigua, en un día de invierno también y en el camino le cogió el aguacero por detrás. Entonces le metió espuelas a su caballo para que no le alcanzara el agua; al pasar por el río de Villalobos que estaba muy crecido, se pasó a llevar con la cola del caballo una viga que servía de puente a los caminantes y siguió corriendo sin que el aguacero lo pudiera alcanzar hasta que ya llegando a la Antigua se cansó el aguacero de perseguirlo. Entonces se apeó Tata Pinguín de su caballo, en las calles de la Antigua y vió que sólo una gota de agua le había caído en el rabo del animal. Componiendo la albarda estaba cuando salió un chucho furioso que se le tiró con intención de morderlo; pero él se arremangó la camisa y le metió la mano en el hocico hasta la cola y dándole un fuerte jalón lo volteó completamente.

El dueño del animal lo encontró desconocido y llamó a una patrulla que persiguió a Tata Pinguín bajo un gran aguacero, y como la patrulla ya lo iba alcanzando, Tata Pinguín aventó el caballo a un sitio y se subió por los chorros del tejado de una casa, corrió por la azotea y bajó a la vecindad escondiéndose entre un tecomate⁽²⁾ que encontró en el patio y en vano la patrulla lo buscó hasta en el último rincón.

(c)

Y como era muy perseguido de la suerte, otra ocasión iba de viaje para Jalpatagua y al pasar por los llanos de Arrazola se le tiró un toro y onde lo vió Tata Pinguín salió corriendo, y el toro tras él, hasta que se encontró botada una escopeta de algún cazador que la había dejado perdida y Tata Pinguín se metió luego entre el cañón, y el toro se metió tras él; pero Tata Pinguín pudo salir por el hoyito de la chimenea y ahí se atoró el animal.

5. EL QUE NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE.

Don Jesús Nuezmoscada, hombre sencillo, católico y crédulo de buena fé, fué a la feria de Chiantla a comprar un macho; pero como llevaba al hombro sus árganas repletas de dinero, dos ladrones que no faltan en las ferias, le echaron el ojo y lo fueron siguiendo. Don Chus, después de dar muchas vueltas, encontró un macho que le

⁽¹⁾ Mojarras, peces.

⁽²⁾ Tecomate, calabaza.

gustó, y después de ponerle muchos defectos y el dueño muchas cualidades, se cerró el trato y él se llevó su compra a su posada, lo amarró en una estaca y le echó bastante zacate.

Nuezmoscada se propuso no dormir esa noche y a cada momento salía a ver a su animal. Los ladrones mientras tanto, lo estaban velando y en cuanto se descuidó, desataron al macho, le pusieron otro lazo en el pescuezo y se quedó uno de ellos poniéndose a gatas. A los pocos momentos salió don Chus del cuarto, con su hachón de ocote y se fué de espaldas al ver que en lugar de su macho estaba un hombre amarrado del pescuezo haciendo esfuerzos por comer zacate. Poco a poco se fué animando y por fin sin acercarse mucho se santiguó y dijo: — En el nombre de Dios todo poderoso ¿qué estás haciendo allí, vos? — ¡Ay, Señor mio! mi bienhechor, — contestó el ladrón, yo soy un hombre que fuí muy mal portado con mis padres, por eso una bruja me encantó, me volvió macho y me dijo: — Anda errante por el mundo en castigo de tus faltas, volverés otra vez a tu ser cuando te compre un hombre de buena fé. Desde entonces he pasado muchos trabajos, estuve en el poste me remataron y me compró Ño Pascasio Taltusa, pero como es un hereje no pude volver a mi primer estado hasta que mi buena suerte quiso que usted que es un santo, me compró y hace como media hora que volví a mi primitivo ser. Ora sólo falta que me desate porque yo no puedo, siento todavía mis manos como cascós. — ¡Bueno! — dijo don Jesús, — y si te desato ¿quién me paga mi pisto⁽¹⁾ que di por vos? ¿Tenés vos con qué pagarme? — ¿Onde quiere que yo vaye a trer? Suélteme, écheme su bendición y regáleme cinco pesos, que Dios le ha de pagar porque ¿cuándo ha visto usted que Dios se quede con una deuda? Al fin, compadecido don Chus, lo soltó.

Al día siguiente, Nuezmoscada se fué a la feria a reponer el macho perdido, ya muy satisfecho de su buena acción, cuando encontró un animal muy parecido al que perdió y al estarlo registrando se fijó en el tamaño, color y los fierros sacó la carta de venta comparó todas las señas y resultó ser el mismo macho que él había comprado el día antes. — ¡Ah pícaro! — le dijo don Jesús, — a mí no me la pegás dos veces, ¡el que no te conozca que te compre! . . .

6. ESPERAR QUE EL HIGO CAIGA EN LA BOCA.

Don Gumersindo Pososeco tenía un hijo ya muy crecido y seriamente dispuso entregarlo a aprender oficio. Un día lo llamó y le dijo: — Ve vos, muchacho, ya estás tamaño de grande y no sabés hacer nada, he dispuesto ponerte a aprender un oficio, decime cuál te gusta. — Yo tata, no sé como se llaman los oficios, — contestó el muchacho, dígame usted uno detrás de otro, hasta que yo vea pasar el que más me cuadre. — Pues, muchacho, vamos a ver, ¿te gusta carpintero? —

⁽¹⁾ Pisto, dinero.

No, porque me puedo trozar — ¿Herrero? — ¡No porque me quemó! — ¿Albañil? — ¡Tampoco porque me entra cal en los ojos! — ¿Sastre? — ¡No, porque me pico con la aguja! — ¿Zapatero? — ¡No porque me duelen las rodillas con los martillazos! — ¿Alfarero? — ¡No me gusta el lodo!

Don Gumersindo probó con todos los oficios y el muchacho a todos les encontró defectos. Desesperado, el viejo le dijo: —Entonces, el oficio que te gustaría es el de haragán. — Si usted quiere, dijo el muchacho, voy a probar ése. Al día siguiente fué entregado el muchacho con Ño Juan Jaragán, hombre sin oficio conocido, que vivía de petardos⁽¹⁾ y de alzos.⁽²⁾

El primer día del aprendizaje, le dijo ño Juan: — Monós, mijo⁽³⁾ a la calle, vamos a ver qué cachamos. Estuvieron andando mucho, pidiendo limosna por aquí y viendo qué se jalaban por allá, pero no cayó nada. Como ya tenían mucha hambre, se metieron a un sitio donde había una higuera. — Vaya, dijo ño Juan, ésto es algo para matar el hambre. Quedáte vos abajo y yo me subo a botar higos, cuando ya hayás comido bastantes juntás los demás pa mí. Se subió ño Juan y botó bastantes higos, pero cuando bajó encontró a su aprendiz tendido en el suelo con la boca abierta. — ¿Y di ay? — le dijo, — ¿ya comites bastantes? — ¡No, Señor Maistro! — contestó — ¡ninguno me ha caído en la boca! — ¡Ah, . . . vos si que sos listo, dijo ño Juan, yo no sé por qué te entregó tu tata conmigo, mejor yo me quedo de aprendiz en tu casa, porque me dejás atrás, hermano!

7. EL MOSQUITO.

Este era un mosquito que quería ver el mundo y se fué a viajar, y la primer noche hacía mucho frio y se tapó con su chamarrita pero le quedó destapado un piecito y se lo quemó el hielo.

Entonces el mosquito se fué con el hielo y le dijo: — Hielo, ¿tan valiente eres que quemaste mi piecito? — Sí, pero más valiente es el sol que me derrite.

Entonces se fué con el sol y le dijo — Sol, ¿tan valiente eres que derrites hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es la nube que me tapa.

Entonces se fué con la nube: — Nube, ¿tan valiente eres que tapas sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es el viento que me avienta.

Entonces se fué con el viento: — Viento, ¿tan valiente eres que avientas nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es la pared que me detiene.

⁽¹⁾ Petardos, estafas.

⁽²⁾ Alzos, hurtos.

⁽³⁾ Mi hijo.

Entonces se fué con la pared: — Pared, ¿tan valiente eres que detienes viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es el ratón que me agujerea.

Entonces se fué con el ratón: — Ratón, ¿tan valiente eres que agujereas pared, pared que detienè viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es el gato que me come.

Entonces se fué con el gato: — Gato, ¿tan valiente eres que comes ratón, ratón que agujerea pared, pared que detiene viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es el perro que me mata.

Entonces se fué con el perro: — Perro, ¿tan valiente eres que matas gato, gato que come ratón, ratón que agujerea pared, pared que detiene viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es el hombre que me mata.

Entonces se fué con el hombre: — Hombre ¿tan valiente eres que matas perro, perro que mata gato, gato que come ratón, ratón que agujerea pared, pared que detiene viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? — Sí, pero más valiente es la muerte que me mata.

Entonces se fué con la muerte: — Muerte, ¿tan valiente eres que matas hombre, hombre que mata perro, perro que mata gato, gato que come ratón, ratón que agujerea pared, pared que detiene viento, viento que avienta nubes, nubes que tapan sol, sol que derrite hielo, hielo que quemó mi piecito? Entonces, la muerte, poniéndole la mano encima, le dijo: — *Pigu*, — y lo mató.

8. JUAN MARÍA Y JUANA MARÍA.

Eran dos amigas que vivían juntas y se querían mucho. Y las dos amigas tuvieron dos niños: una Juana María y la otra Juan María. Los dos niños crecieron juntos, queriéndose como hermanos; pero ya en cierta edad querían casarse y las dos mamás se opusieron.

Entonces los niños se huyeron de la casa y escribieron una carta con sangre de sus venas, jurando que no se casarían con ningún otro. Llegaron a una ciudad y los apresaron por desconocidos y los pusieron en una bartolina,⁽¹⁾ separados y sin comunicación, ella con su carcelera, y él con su carcelero. Día a día los sacaban a asolear a la calle; en una salida que tuvo el niño, pasó la hija del Gobernador para misa y vió a Juan María y se enamoró de él. La niña le pidió a su padre que lo sacara de la prisión porque estaba enamorada de él y se quería

(1) Bartolina, prisión estrecha.

casar con él. Su padre se lo concedió y llevaron a Juan María a un hotel para que se reformara.⁽¹⁾

Lo supo Juana María y se preparó; mandó hacer una mortaja blanca, un puñal, una cadena larga y gruesa y una linterna. Llegó la noche del matrimonio de Juan María con la hija del Gobernador; hubo gran fiesta y Juana María, con la mortaja, la cadena, el puñal en la cintura y la linterna en la mano, salió de su prisión a cumplir su juramento y en las calles del trayecto hasta llegar al Palacio iba gritando, con un grito desconsolado que hacía huir a la gente: — ¡Ay! esta es la calle de mis pasiones. ¡Si algún pícaro encontrara y dos mil vidas tuviera, dos mil vidas le quitara! Y sonaba la cadena.

Así se fué gritando hasta llegar a la puerta del Palacio donde estaba el baile en lo mejor. Salió a abrirle Juan María y la entró donde estaba la cama nupcial. Ella le dijo que llegaba a cumplir su juramento, se acostó él en la cama, tendido, sacó ella el puñal y se lo metió en el pecho. Salió de regreso gritando por las calles: — ¡Ay! ésta es la calle de mis pasiones. ¡Si algún pícaro encontrara y dos mil vidas tuviera, dos mil vidas le quitara! hasta que llegó a su prisión, donde se encerró muy tranquila.

En el palacio hubo gran sensación con haber encontrado al joven esposo hecho un cadáver y sin saber como había sido eso. Luego el baile se volvió velorio. Otro día encajonaron a Juan María y lo llevaron a la iglesia para que durmiera el cadáver en la iglesia y hacer el entierro hasta otro día. Esa otro noche volvió a salir Juana María con su mortaja, la cadena, la linterna y gritando lo mismo. La ciudad estaba llena de comentarios, de novedades, asolada. Llegó a la puerta de la iglesia, abrió la iglesia y entró; abrió la tapadera de la caja donde estaba encerrado el cadáver de Juan María y le volvió a embutirle el puñal. Al salir, la arrebataron los diablos y pasó por la prisión, donde estaba su carcelera esperándola en la puerta: — “¡Adiós, Catalina! ¡Cuidate mucho, gracias por tus cuidados!” le dijo Juana María. Y la carcelera le contestó: — ¡Adiós, niña! ¡se va y me deja! Entonces le contestó Juana María: — ¡Mi cadena es grande y alcanza para todos! Y envolviéndola en la cadena, se la llevó.

9. EL PALACIO ENCANTADO.

En una gran ciudad un hombre millonario escribió este rótulo en la puerta de su casa: — El que tiene dinero todo lo puede y hace. El Rey tuvo noticia de este atrevimiento y lo mandó llamar. — Caballero, — le dijo, — ¿en qué se funda usted para poner este admirable rótulo en la puerta de su casa? — Señor Sacra-Real,⁽²⁾ — le contestó, — en que puedo favorecer a media humanidad. — ¿De qué manera? — Pues

(1) Se reformara, se vistiera de nuevo, se transformara.

(2) Sacra-Real. El título de los Reyes de España era: Sacra, Real Majestad.

como me considero que soy el único humanitario y de buen corazón en la ciudad, puedo mandar a regalarle lo que se me antoje, comprar los terrenos, lograr las mujeres más hermosas; pues Señor Sacra-Real, no he dejado nada por ver, de lo cual me tiene a las órdenes. Soy Gópiles Rosetales.

— Pues llevas la pena de que por medio de que eres rico y que todo lo haces, quiero que te alistes porque en el camino que va para la orilla de la ciudad hay un túnel muy grande al cual nadie ha podido darle fin y tú que eres rico y que todo lo haces, prepárate para meterte en él. — Señor, contestó el rico, no tengo inconveniente si usted me concede el permiso de cinco años, muy buenas y elegidas carnes y conservas y una buena maquinaria porque es probable que tenga que hacer estos esprimentos⁽¹⁾ con todo cuidado y preparativo. — Todo se te concederá, dijo el Rey, con tal que me des cuenta clara de lo que mires por aquella soledad.

Partió Gópiles Rosetales quedando convenidos los verdugos que dieran cable conforme se necesitara y que él les anunciaría al llegar a terreno sólido por medio de un timbrazo. Los verdugos convenidos estaban trabajando dándole cuerda y él cambiando a cada momento el número de la inacabable cuerda. Al cabo de un mes de caminar día y noche, llegó a terreno sólido, pero todo era una horrible oscuridad. Luego hizo uso de la maquinaria para determinar el camino, sintió hambre, prendió el reverbero y tomó café y luego se puso en marcha. A los ocho días de caminar bajo aquella oscuridad, determinó media luz que entraba por una grieta. Fué grande su alegría al ver que existía allí la luz del día y que aquellos horizontes y lugares eran extensísimos y las aves muy grandes y diferentes de las de su ciudad. Todo ésto lo contemplaba el joven y lo escribía para darle cuenta al Rey. Seguía caminando y de repente iba a dar con ríos caudalosos y montañas, lo cual no le preocupaba pues estaba dispuesto a lo que viniera. El valor lo comprometía, pero nunca veía una persona para platicarle algo y preguntarle qué era lo que existía por aquel lugar tan desconsolado. Desesperado de no encontrar a ninguna persona, se durmió y por medio del sueño se le reveló un pájaro que le dijo: — No desmayes en el valor que llevas, pues estás próximo a llegar al palacio encantado. Inmediatamente se puso en marcha por la indicación del sueño y al poco de caminar descubrió el palacio encantado a una distancia como de una legua.

Poco tiempo después, llegó a la puerta principal del palacio y vió aquellas riquezas de la puerta de entrada. Todo lo vió y tocó, pero nunca vió una sola gente para preguntarle de las cosas que existían por ahí; cuando vió unas manos que pasaban por un cristal de roca de parte del palacio y de repente se formó una mesa con unos manjares

(1) Experiencias.

exquisitos y licores de lo mejor. Luego desapareció la mesa y el joven admirable se fué a otra pieza y ahí oyó una voz que dijo: — ¿Quién ha entrado aquí? — Yo soy, contestó él, el valor me compromete y vengo a averiguar lo que hay aquí. Tengo dos años de camino y no veo una sola persona para averiguar por qué existe este palacio aquí y quien es el dueño. — Pues ya que tienes mediano valor, si deseas conocerme, toca ese botón que está allí en esa puerta y entrarás. Tocó el botón y luego vió un ángel que estaba entre nubes. — ¿Qué haces aquí, ángel mio, eres divinidad del cielo o de la tierra? — No te extrañes, — le contestó, — soy deidad de la tierra. — Y ¿por qué estás aquí? — Te cuento — le contestó, — que dependo de una maldita fiera y ésta me tiene castigada aquí desde hace cuarenta años y te suplico por simpatía que regreses y evites que la fiera te encuentre. — No tengas pena, ángel mio, dijo el joven valiente, que si dos vidas tuviera yo, las perdería por hacerme dueño tuyo. Con este acero venceré a esta fiera. De repente bramó desesperado el león y el hombre se preparó para el ataque, ocultándose detrás de una puerta. En eso llegó la fiera y dijo: — ¡Iifa, Iifa, qué jiede a carne humana! — Nadie ha venido aquí. — Pues el olfato no me engaña, — dijo la fiera, y dió con el hombre diciéndole: — Tú, miserable, ¿cómo has hecho para entrar aquí donde sólo yo y la doncella debemos estar? — Pues, fiera maldita, a costas de mi desmedido valor, fiera inútil, que con este acero te partiré la coronilla y me quedaré dueño del palacio; prepárate para que luchemos. La doncella les suplicó que no pelearan, que dejaran los insultos para otro día; pero los dos, hombre y fiera vinieron a las manos y el hombre le dió tan fuerte puñalada al león que quedó echado junto al altar de la doncella. La doncella dió un grito de alegría al ver que el león era muerto y le dió las gracias al gentil hombre diciéndole: — Soy tuya hasta la muerte porque me has libertado de las garras de esta maldita fiera que tan malamente me ha correspondido mis servicios. — Paciencia, — dijo el joven, — que me faltan dos pisos por conocer y entre tanto, espéreme, luego regreso por usted.

El valiente joven marchó al siguiente piso por un inmenso caracol; llegó y al dar unos pasos oyó una voz que dijo: — ¿Quién ha entrado aquí? — Yo soy, el hombre vencedor de fieras, — contestó. — Si deseas conocerme toca ese botón que está ahí. Lo tocó y se abrió otra puerta, viendo el joven otra mujer mejor que la primera. — Si la primera es buena, — dijo, — ésta le echa el gallo. ¡Señorita, por Dios! ¿Qué hace usted en este altar tan elegante? Pues me llamas la atención porque eres hermosa como las flores del jardín. — ¡Ay hombre! tienes mucho valor y te suplico que por tu simpatía regreses por donde viniste porque a mí me manda y domina una maldita fiera. — ¿Qué fiera es esa? — La sierpe de cien cabezas, y harás muy bien en regresarte y evitar su vista. — Niña, — dijo el joven, — me he encantado al verla y hoy debo

desmostrarle a esta fiera inútil que yo quiero hacerme dueño de usted. De repente entró la fiera diciendo: — Miserable hombre ¿qué haces aquí? ¿cómo has hecho para entrar? — Por medio de que soy muy hombre y prepárate para que luchemos, que yo te demostraré con mi acero que soy mejor que tú. Entonces la fiera de un salto le cayó encima mordiéndole varias partes del cuerpo; pero el hombre le dió una fuerte puñalada en el centro de las cabezas, cayendo muerta la temible fiera. La doncella dió un grito de alegría diciéndole: — ¡Ay, querido hombre! tienes mucho valor y destreza y por eso has matado a este animal: Soy tuya. — Niña, — dijo Gípiles, — me considero feliz porque me he hecho dueño de este ángel encantador; pero me falta un piso por conocer y de regreso pasaré por usted.

Principió a subir el último piso y oyó una voz agudita que dijo: — ¿Quién eres que tan de repente has venido? — Soy el hombre vencedor de las fieras que tienen castigados a estos seductores ángeles y vengo a salvarla a usted. — Pues si deseas conocerme toca ese botón que tienes a tu derecha. — Lo tocó y se abrió una enorme puerta dejando ver otro ángel más hermoso que los dos primeros. — Señorita, — dijo el joven, — por suerte quiero que usted me diga como se encuentra aquí y si es deidad del cielo o de la tierra. — De la tierra, — contestó, — y no te extrañes que una fiera me domina y como eres un caballero muy simpático, te suplico que mejor evites que esa fiera te encuentre aquí. — ¿Y qué fiera es? — ¡Pues es el diablo! — No me iré sin combatir con él, — dijo el joven, — y cuando sintió era que el diablo estaba hablando con él. — Prepárate para que riñamos, — le dijo el joven, — y le dió un gran machetazo volándole una oreja. Y como vió caer la oreja la levantó y le siguió tirando. — ¡Ay ingrato! — le dijo el diablo, — me has quitado mi oreja. — Ahora déjame solo con la doncella y si nó te mato, — le contestó. El diablo salió corriendo y diciendo: — ¡Dame mi orejita! — Diablo maldito, — le contestó, — vete a los infiernos.

Poco tiempo después llegó aviso a la ciudad de que el joven regresaba llevando las tres princesas encantadas. Cuando el Rey las vió quiso casarse con las tres, pero ellas se negaron diciéndole que era imposible casarse con él, pues aquel joven que estaba presente era el salvador de su vida y el marido de las tres. El Rey se enojó y dijo: — Vengan mis ejércitos sobre este hombre. — Rey pagano, — dijo el joven, — no sea usted inconsecuente y señale terreno para el combate. Sacó el joven la oreja del diablo y le dió una fuerte mordida. El diablo se presentó diciéndole: — ¡A tus órdenes estoy! y le dió un gran ejército, caballos voladores, buenos ginetes y lanzas y con ellos ganó el combate, quitó al Rey del trono, quedándose él con la corona y con sus tres mujeres.